



El naufragio del Andrea Doria en 1956 impulsó reformas en los protocolos de seguridad marítima internacional.

De símbolo del Renacimiento italiano a tragedia en el Atlántico: el Andrea Doria y la noche que cambió la historia naval

» Desde su lanzamiento hasta el fatídico choque con el MS Stockholm, este buque unió un esplendor náutico con el drama humano más profundo tras su inesperado destino en 1956.

El Andrea Doria, uno de los transatlánticos más representativos de Italia en el siglo XX, es recordado tanto por su opulencia como por el

trágico naufragio que puso fin a su breve existencia. Concebido como símbolo del resurgimiento italiano tras la Segunda Guerra Mundial, el navío fue presen-

tado como una muestra del avance en ingeniería y diseño naval, pero su destino quedó sellado cuando, apenas tres años después de su viaje inaugural,

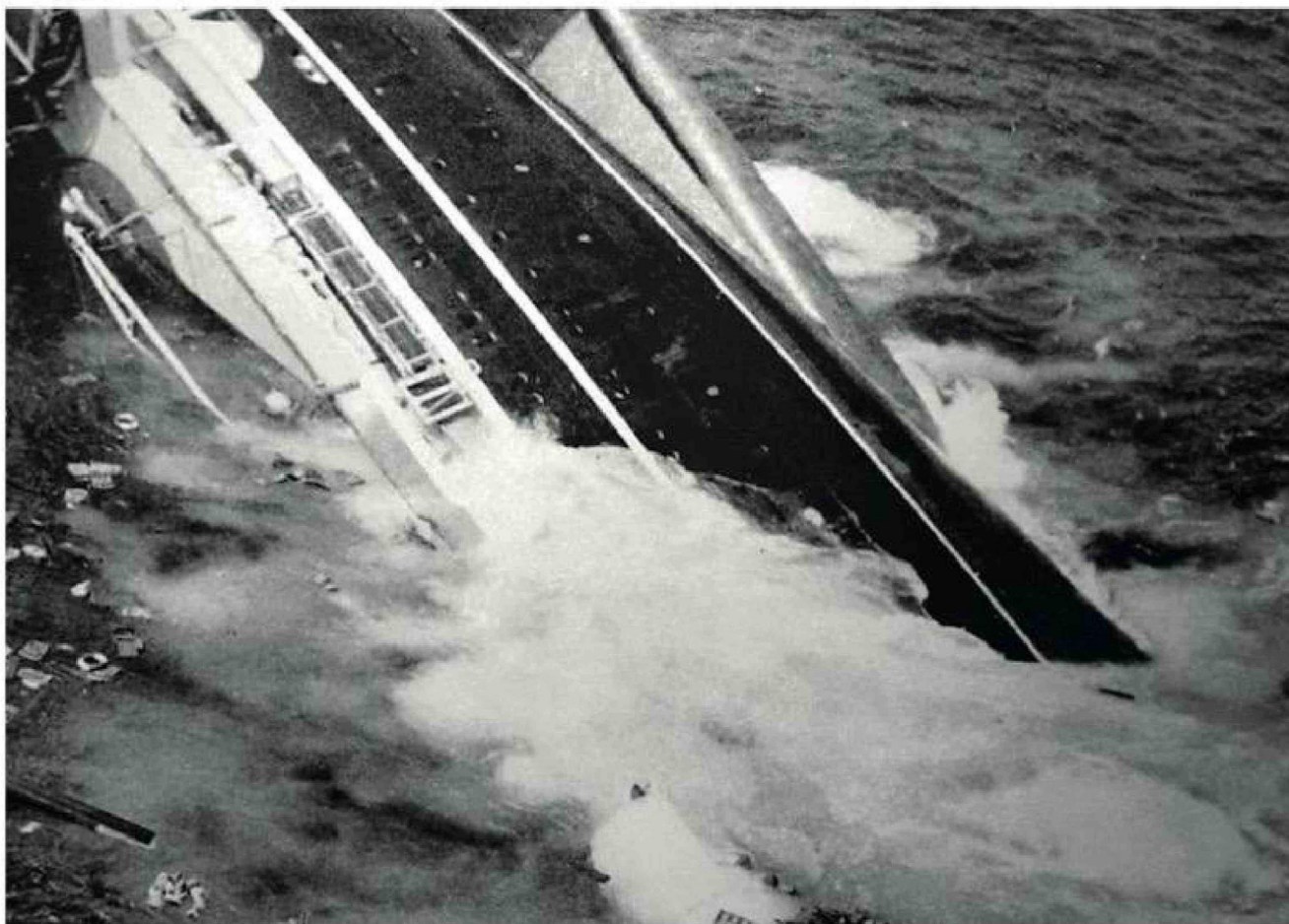
se hundió frente a las costas de Estados Unidos.

Construido por los astilleros Ansaldo en Génova, el Andrea Doria fue botado el 16 de junio

de 1951 y comenzó a operar el 14 de enero de 1953. Durante ese período, Italia buscaba recuperar el prestigio perdido durante el conflicto bélico, y el lan-



El transatlántico destacó por su lujo y avanzadas características técnicas, pero exhibía graves problemas de estabilidad lateral desde su viaje inaugural.



La tragedia del Andrea Doria, que costó la vida a 51 personas, aceleró la transición del transporte marítimo al aéreo para viajes intercontinentales.

zamiento del transatlántico fue interpretado como una muestra de orgullo nacional.

El buque medía 212 metros de eslora, 27 metros de manga, contaba con 10 cubiertas y estaba diseñado para transportar a 1.200 pasajeros y cerca de 500 tripulantes. Su velocidad de crucero alcanzaba los 23 nudos, máximo 26, situándolo entre los barcos italianos más rápidos de su tiempo.

El punto culminante del Andrea Doria residía en su lujo. El diseño interior incorporaba obras de arte originales y espacios pensados para impresionar a los viajeros. Fue el primer navío en la ruta del Atlántico Norte en ofrecer tres piscinas exteriores diferenciadas para las clases primera, cabina y turista, un detalle que marcó tendencia en la industria marítima.

El Andrea Doria cubría de manera regular la ruta entre Génova y Nueva York, junto a su barco gemelo, el Cristóforo Colombo. La reputación de seguridad acompañaba su fama: estaba equipado con doble casco, once compartimentos estancos y radar de alerta temprana, características avanzadas para la época.

Sin embargo, investigaciones posteriores revelaron problemas de estabilidad lateral, evidenciados ya en su viaje inaugural, cuando una ola lo hizo escorar cerca de 30 grados. A pesar de su reputación, la seguridad del Andrea Doria no era infalible.

La historia del Andrea Doria sigue generando interés por su doble condición como exponente de la ingeniería náutica y protagonista de uno de los naufragios más notorios de la posguerra. Según el historiador naval Maurizio Eliseo, "el Andrea Doria representa la última gran expresión del lujo transatlántico europeo antes de la era de los vuelos comerciales".

El viaje final y la tragedia en el Atlántico

La noche del 25 de julio de 1956, el Andrea Doria navegaba hacia Nueva York en su viaje número 101, a la altura de Nantucket, Estados Unidos, bajo una espesa niebla que dificultaba la visibilidad. En esas condiciones, el transatlántico italiano se cruzó con el MS Stockholm, su homólogo sueco. Ambas tripulaciones intentaron maniobras evasivas, pero la confusión

derivada del clima y la interpretación de señales condujo a un error fatal.

A las 23,10, la proa del Stockholm impactó contra el costado de estribor del Andrea Doria, abriendo una brecha de más de 9 metros. El golpe provocó que el navío italiano comenzara a inundarse y escorarse rápidamente hacia un lado. Las alarmas se activaron de inmediato y la tripulación inició la evacuación. La proximidad de otros barcos, como el Il de France y varios buques de la guardia costera estadounidense, permitió que la mayoría de los pasajeros y tripulantes fueran rescatados en un operativo que duró aproximadamente cuatro horas.

El saldo de la colisión fue trágico: 51 personas murieron, 46 del Andrea Doria y 5 del Stockholm, según el informe oficial de la Guardia Costera estadounidense. A las 10,09 de la mañana del 26 de julio, el Andrea Doria desapareció bajo las aguas del Atlántico.

Características técnicas y promesas de seguridad

El Andrea Doria fue diseñado con estándares de seguridad avanzados para su época,

y los astilleros Ansaldo, responsables de su construcción, dotaron al buque de un doble casco y compartimentos estancos que, en teoría, debían ofrecer una protección superior frente a colisiones o entradas de agua. Además, el radar de alerta temprana era una innovación que pretendía reducir el riesgo de accidentes en rutas con alta densidad de tráfico marítimo o condiciones de baja visibilidad.

No obstante, tras el naufragio, expertos como el ingeniero naviero Pier Paolo Bergamini señalaron que la estabilidad lateral del Andrea Doria era deficiente. "El navío tenía un centro de gravedad más alto debido a los lujosos acabados y la distribución de las piscinas exteriores, lo que comprometía su capacidad para recuperarse de grandes escoras", explicó Bergamini en una entrevista para el portal especializado Ship Technology.

El naufragio del Andrea Doria puso en discusión los protocolos de seguridad y la formación de las tripulaciones, generando recomendaciones internacionales para mejorar la navegación en condiciones de niebla y la comunicación entre barcos.

El legado del Andrea Doria: naufragio y consecuencias

El Andrea Doria ha sido objeto de numerosos relatos que señalan la presencia de objetos de gran valor en sus bodegas, desde joyas y pieles hasta miles de botellas de vino italiano, lo que ha atraído a buzos y exploradores durante décadas. El hundimiento del transatlántico marcó el inicio del final para la era de los grandes transatlánticos y aceleró la transición hacia el transporte aéreo como camino principal para los viajes intercontinentales.

Según la revista estadounidense Smithsonian, "la tragedia del Andrea Doria fue un recordatorio de que incluso los mayores logros técnicos están expuestos a la imprevisibilidad del mar".

Hoy, los restos del Andrea Doria yacen a una profundidad de 75 metros de profundidad frente a las costas de Nantucket. El interés por su historia persiste, alimentado por la convergencia de lujo y tragedia que rodea a este transatlántico italiano.

Por Faustino Cuomo
 Fuente: Infobae